



3

# **América Latina y el Caribe: Escenarios posibles y políticas sociales**

*Editor: Theotonio Dos Santos*

---



**FLACSO**



Organización  
de las Naciones Unidas  
para la Educación,  
la Ciencia y la Cultura

Oficina Regional de Ciencia  
para América Latina y el Caribe

Representación de la  
UNESCO ante el MERCOSUR

## **Proyecto Repensar América Latina**

*Coordinador General:* Gonzalo Abad Ortíz

*Comité Editorial:*

Adrián Bonilla

Julio Carranza

Thetonio dos Santos

Francisco Rojas

Juan Valdés

*Edición:* Alfredo Prieto

*Asistencia editorial:* Laura Marrero

### **Volumen 3**

**Theotonio Dos Santos, Editor**

**América Latina y el Caribe: Escenarios posibles y políticas sociales**

ISBN 978-92-9089-174-1

© UNESCO 2011

Los autores se hacen responsables por la elección y presentación de los hechos que figuran en la presente publicación y por las opiniones que aquí expresan, las cuales no reflejan necesariamente las de la UNESCO, y no comprometen a la Organización.

Las denominaciones empleadas en esta publicación y la forma en que aparecen presentados los datos, no implican de parte de la UNESCO juicio alguno sobre la condición jurídica de países, territorios, ciudades o zonas, o de sus autoridades, ni sobre la delimitación de sus fronteras o límites.

Esta publicación se encuentra disponible en [www.unesco.org/uy/shs](http://www.unesco.org/uy/shs) y puede ser reproducida haciendo referencia explícita a la fuente.

Impreso en 2011 por la Oficina Regional de Ciencia de la UNESCO para América Latina y el Caribe

Luis Piera 1992, 2o. piso  
11100 Montevideo, Uruguay

---

# Índice

Preámbulo. <i>Julio Carranza Valdés</i> .....	5
Presentación <i>Gonzalo Abad Ortíz</i> .....	7
Introducción <i>Theotonio Dos Santos</i> .....	13
La economía mundial y América Latina a inicios del siglo XXI <i>Orlando Caputo</i> .....	19
Un repaso de la crisis y la necesidad de una nueva arquitectura financiera internacional <i>Oscar Ugarteche</i> .....	57
La integración latinoamericana: etapas pasadas y escenarios posibles <i>Jaime E. Estay</i> .....	93
Postneoliberalismo o cambio civilizatorio <i>Ana Esther Ceceña</i> .....	121
Desigualdad y crisis de incorporación: la caja de herramientas de políticas sociales de la izquierda <i>Luis Reygadas y Fernando Filgueira</i> .....	133
O espírito de Cochabamba: a reapropriação social da natureza <i>Carlos Walter Porto-Gonçalves</i> .....	161
Prospectiva tecnológica para América Latina <i>Leonel Corona</i> .....	181

La educación superior en el mundo y en América Latina y el Caribe: principales tendencias <i>Francisco López Segrera</i> .....	207
Cambios demográficos y reestructuración económica en América Latina. Perspectivas y desafíos para las políticas sociales <i>Dídimo Castillo Fernández</i> .....	233
Centroamérica 2010 y sus escenarios de integración <i>Jorge Rovira Mas</i> .....	257
La crisis del imperialismo. América Latina y Panamá enfrentan cambios épicos en sus relaciones con los Estados Unidos <i>Marco A. Gandásegui, hijo</i> .....	283
Sobre los Autores .....	313

---

# **La crisis del imperialismo. América Latina y Panamá enfrentan cambios épicos en sus relaciones con los Estados Unidos**

*MARCO A. GANDÁSEGUI, HIJO*

A principios del siglo XXI la inserción de la América nuestra en el mundo se encuentra, según todos los indicios, en un proceso *épico* de cambio cuyo destino final no puede predecirse. Aun cuando no puede pronosticarse el futuro, tenemos suficientes evidencias para poder presentar algunos escenarios posibles, unos más viables que otros (Caputo, 2007; Sader 2008b, Borón, 2005). En una primera aproximación, plantaremos las opciones de América Latina en el desarrollo del capitalismo en el siglo XXI. Tendremos presente que América Latina constituye un bloque histórico que aún no ha realizado su potencial político (Bagú, 1949; Soler, 1980; Guerra Vilaboy, 2003). Inmediatamente después enfocaremos la situación de Panamá y su capacidad para definir su propio destino.

Hay que destacar tres elementos para abrir un debate sobre la presente coyuntura. En primer lugar, la región latinoamericana ha pasado por cambios que podemos calificar como *épicos*, es decir, han marcado épocas enteras. En segundo, las transformaciones *épicas* o quiebres se producen en el marco de un desarrollo capitalista que se extiende a escala mundial a partir de la conquista europea de América. En tercero, hay que entender los procesos que se

van a analizar en el marco de una crisis permanente, característica medular del desarrollo desigual del capitalismo.

Podemos hablar de cambios épicos y de crisis permanentes. El primero se refiere a transformaciones que implican saltos cualitativos en relación con las formas de producción, la organización política y la dominación ideológica (Arrighi, 2010). Estos cambios implican, a su vez, la aparición de relaciones nuevas en el marco del sistema global o, como lo llama una corriente de pensamiento sociológico, el sistema-mundo capitalista (Wallerstein, 1974).

La crisis permanente constituye una característica propia del desarrollo capitalista que tiende a desestabilizar en forma continua las relaciones entre los sujetos históricos. La competencia por capturar mercados, elevar la productividad y acumular los excedentes mantiene al sistema en una tensión constante, así como en un estado de guerra sin tregua. Los avances que pueden significar en un momento la aparición de nuevos mercados, o una mayor productividad o la acumulación extraordinaria de excedentes, pueden invertirse en otro momento generando un retroceso. Los cambios épicos y la crisis permanente son movimientos íntimamente imbricados que responden a una lógica dialéctica.

## **América Latina y el desarrollo capitalista**

Desde su inicio América (y lo que hoy llamamos América Latina) forma parte del desarrollo del capitalismo. No se puede entender el uno sin el otro. Hay teorías que identifican el origen del capitalismo con actividades financieras. Otras lo relacionan con la producción agropecuaria. Incluso hay quienes relacionan el nacimiento del capitalismo con la industria a gran escala. Sin duda, cada una de estas modalidades forma parte del tejido complejo que caracteriza la evolución de las relaciones de producción capitalistas. La inserción y participación activa de América en cada una de estas modalidades históricas hizo viable el desarrollo del capitalismo con todas sus particularidades, tal como se conoce en la actualidad.

Se pueden identificar tres grandes épocas en el desarrollo del capitalismo en América Latina. Cada una respondió a las necesidades de generar excedentes de riqueza en etapas sucesivas. A su vez, cada época requería formas particulares de dominación política y de hegemonía ideológica. La primera época se destacó por la reestructuración, mediante una táctica de tabla rasa de las

---

organizaciones sociales existentes, de todo un continente que fue condicionado para la extracción y exportación de minerales preciosos. Se constituyeron para ese fin entidades administrativas especializadas (virreinos y capitánías) para la extracción, transporte y producción de aquellas necesidades que hicieran posible esa tarea primordial (Bagú, 1949).

Se edificó una jerarquización mediante la cual la realización de los excedentes ocuparía el lugar dominante y el otro extremo sería el subordinado y dependiente. Esta relación dialéctica entraría en una fase crítica al redefinirse la realización de los excedentes.

El colapso de los precios de los minerales produjo un cambio épico cuya realización duró varias décadas (segunda mitad del siglo XVIII). Las guerras de independencia (1810-1826) representaron el alumbramiento de nuevas relaciones y el desgajamiento de los lazos con el colonialismo español, que descansaba sobre la exportación de minerales preciosos (Castillero Calvo, 2008).

Mientras los minerales preciosos (plata y oro) servían para “aceitar” el comercio desigual y la acumulación de las potencias marítimas a escala mundial, el surgimiento de la industria y la explotación masiva de una naciente clase obrera en un extremo requería un cambio épico de proporciones en el otro. La región comenzó a especializarse en la exportación de materias primas que alimentaban las nuevas plantas industriales. El cambio también requirió una nueva jerarquización política desplazando a España por Gran Bretaña (Cueva, 1978).

Las dos guerras mundiales del siglo XX definieron la introducción de una tercera época en el desarrollo del capitalismo, interesado en mantener sus niveles de acumulación y sus tasas de ganancia. Al finalizar la Guerra de los Treinta Años (1914-1945), como la llama Wallerstein (1974), apareció un reordenamiento global del sistema capitalista. La nueva estrategia de acumulación incluía la proletarianización de los trabajadores en América Latina y otras regiones, especialmente el centro y este de Europa. Se suponía que la disminución del costo de la fuerza de trabajo frenaría la caída de la tasa de ganancia.

En esta etapa de desarrollo (a partir de mediados del siglo XX), las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, la nueva potencia hegemónica, entran en una fase de subordinación de la primera, respondiendo a una dialéctica de la dependencia. Aunque la extracción de materias primas continuó (si bien no seguía siendo tan importante, dada la característica continental de los

Estados Unidos), la creciente proletarización de la fuerza de trabajo, de la que se extraen excedentes para la acumulación (superexplotación), se convirtió en la modalidad estratégica. En un período que no supera las cinco décadas, América Latina se industrializó, emergió una clase obrera, aparecieron capas medias, se transformaron los regímenes políticos y experimentaron una revolución los valores asociados al trabajo, la educación y los hábitos de consumo (Marini, 1971).

Para conservar la relación política de subordinación y el creciente flujo de excedentes de la región latinoamericana, los Estados Unidos intervienen militarmente en numerosas ocasiones. Las llamadas “transnacionales” dictan las relaciones a partir del fin de la guerra mundial hasta la llamada crisis de “sobreproducción” de la década de los 70 (Saxe- Fernández, 2006; Gilly, 2006).

A partir de 1981 (para coincidir con Reagan) se inició la retirada de las transnacionales y su política de superexplotación en la medida en que sus actividades no generaban las tasas de ganancia esperadas. La estrategia escogida por los Estados Unidos (Consenso de Washington) fue iniciar un programa de ajustes que reemplazaría la explotación de la fuerza de trabajo. El nuevo programa tuvo como eje la política de desposesión basada en la flexibilización de la fuerza de trabajo, la desregulación institucional y la apertura comercial (Ceceña, 2004).

La llamada política neoliberal no arrojó los resultados esperados y en 2008 se produjo la crisis inmobiliaria, punta del *iceberg* que anunciaba una recesión económica (crecimiento negativo de la economía). En el marco de la recesión global, América Latina se encuentra en un dilema. ¿Qué camino tomar? Los países con regímenes políticos más dependientes de los Estados Unidos (con una correlación de fuerzas sociales que favorecen a los sectores más conservadores) sugieren esperar a que el sistema capitalista se reponga con la esperanza de poder continuar su relación con los Estados Unidos como si no hubiese pasado crisis alguna. Otros señalan que es recomendable esperar, reconociendo que los Estados Unidos como potencia hegemónica probablemente sean reemplazados por otra (Soros, 2008; Liu, 2010). Algunos hablan de una “nueva normalidad” basada en una intervención más enérgica del Estado. Una tercera opción considera recomendable contribuir a la formación de un mundo multipolar con varios centros hegemónicos. Un cuarto camino consiste en levantar un proyecto propio, independiente y capaz de generar un mundo nuevo y mejor.

---

## Relaciones centro-periferia

América fue incorporada a una fase temprana del desarrollo capitalista en el siglo XVI. La evolución de su relación con el sistema fue descrita por Ruy Mauro Marini en su obra *Dialéctica de la dependencia* (1971). La región fue sometida a las guerras de conquista territoriales y de un saqueo sistemático de sus recursos naturales. Con la expansión del capitalismo, América Latina se incorporó a un proceso de crecimiento contradictorio y desigual.

En el siglo XX surgió un capitalismo industrial que dio lugar a la aparición de una clase obrera, a capas medias y a un empresariado con intereses conflictivos pero unidos dialécticamente en torno a un objetivo común. Ese objetivo sigue enmarcado en la construcción de una sociedad capaz de producir riquezas en abundancia.

La crisis de sobreproducción de la década de los 70 a escala global tuvo efectos inmediatos sobre América Latina. El más importante fue la instauración de regímenes políticos que desconfiaban en la “promesa” del desarrollo capitalista y promovieron sociedades excluyentes y de una concentración social de la riqueza.

Este cambio se produjo como resultado de una lucha global por el control de las riquezas generadas en todo el mundo. Las alianzas entre las clases dominantes universales lograron apoderarse de las instituciones financieras, económicas y culturales para impulsar transformaciones que impactaron a los países de América Latina. En menor o mayor medida, todos los gobiernos latinoamericanos introdujeron reformas que en pocos años transfirieron riquezas de los sectores asalariados hacia los propietarios del capital, cada vez más especulativo y menos productivo.

Al mismo tiempo, las riquezas acumuladas durante décadas como resultado de la labor de millones de trabajadores, se transferían al sistema financiero norteamericano mediante mecanismos económicos (intereses más altos), institucionales (el sistema monetario) y políticos (las guerras). La combinación creó un sistema altamente inestable, forjando una fuerza de trabajo precaria en la región, instituciones desreguladas y economías fácilmente penetrables por capitales golondrinas.

Las crisis económicas que se expresaban en el sector financiero (Argentina, México) y político (Venezuela, Bolivia y Ecuador) anunciaban a fines del siglo

xx y principios del siglo XXI el fin de una era. Para rematar, gobiernos progresistas, de mayor a menor signo, surgían en Brasil, Uruguay, Chile (antes de 2010), Paraguay, Nicaragua, Honduras (hasta el golpe de 2009), El Salvador, República Dominicana y Panamá (antes de 2009) (Stolowicz, 2007).

La elección de Barack Obama en 2008 abrió las compuertas a todo tipo de especulaciones en torno al futuro del mundo y en particular, las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos. El optimismo llegó al extremo de pensar que Washington buscaría un nuevo terreno para viabilizar sus relaciones con Cuba.

Las transformaciones introducidas por las políticas neoliberales durante las dos décadas anteriores modificaron sensiblemente la correlación de fuerzas sociales en América Latina. El empresariado industrial y la clase obrera fueron desplazados y sus tamaños reducidos. Las capas medias militantes fueron divididas e, igualmente, reducidas en tamaño. Los trabajadores sin tierra en el campo y los trabajadores precarios en las ciudades aumentaron de manera significativa. Los especuladores en los negocios de importación/exportación, así como en la banca y otros servicios, crecieron y crearon ambiciones políticas reminiscentes de la *belle époque* de principios del siglo XX (Nadal, 2009).

En 2008 todo indicaba que el camino se encontraba relativamente bien trazado. Con Obama en la Casa Blanca, los Estados Unidos, supuestamente interesados en solucionar la crisis económica global, buscarían establecer con América Latina relaciones más estables para contribuir a la recuperación de su país. La cumbre de Trinidad y Tobago de abril de 2009 pareció reforzar esa tesis.

La región, sin embargo, fue rápidamente despertada de su sueño. En junio de 2009 los Estados Unidos apadrinaron el golpe de Estado en Honduras; meses después, Obama aprobó más medidas que extendían el bloqueo a Cuba, y al mismo tiempo daba instrucciones para desestabilizar a los gobiernos de Venezuela y Bolivia. Su presencia militar se hizo más patente, especialmente en Colombia y Centroamérica (Plan Mérida).

La derecha norteamericana logró afianzar sus alianzas con los gobiernos de México y Colombia en la primera década del siglo. A fines del período agregó a Panamá (2009) y Chile (2010). Cuenta también con el apoyo del gobierno ilegítimo de Honduras.

---

La conexión Colombia-Panamá-México constituye el eje que sostiene el tráfico de drogas hacia los consumidores norteamericanos. Según fuentes norteamericanas, el consumo de estupefacientes importados se duplicó durante la década y los ingresos del negocio del “narcotráfico” son los responsables de financiar el crimen organizado, que se ha apoderado de parte importante de las instituciones de los países mencionados.

La agenda norteamericana para orientar sus relaciones con América Latina comenzó a resquebrajarse a partir de la década de los 70 y la crisis de sobreproducción. La crisis marcada por el colapso de la bolsa de Nueva York en 2008 también sacó a relucir la necesidad de levantar una nueva agenda para orientar las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina (Dos Santos, 2010; Martins, 2010).

Las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina han sido dominadas por Washington desde fines del siglo XVIII. En primera instancia, la expansión hacia el oeste de la joven república. Su declaración de Destino Manifiesto incluyó a todo el hemisferio occidental en 1823. Posteriormente estuvo su visión para convertir el mar Caribe en su Mediterráneo. En 1881 los Estados Unidos convocaron el Congreso Panamericano con todo un proyecto de dominación comercial entre Alaska y la Tierra del Fuego.

En aquel contexto plantearon tres objetivos claros. En primer lugar, convertir la región en un proveedor de materias primas para su creciente industrialización. En segundo, asegurar su dominación política sobre países inestables incapaces de convertirse en alternativas de poder. Por último, ejercer su hegemonía mediante una ofensiva cultural/tecnológica permanente.

El enorme potencial industrial desplegado por los Estados Unidos después de la Guerra Civil (1861-65), los proyectó a la búsqueda y conquista de mercados y materias primas a escala mundial. Las dos guerras mundiales del siglo XX los colocaron a la cabeza del sistema capitalista-mundo. En el marco de esas guerras, y como resultado de sus triunfos, los Estados Unidos iniciaron una segunda fase de expansión, especialmente hacia América Latina. Sus grandes corporaciones blindadas y encadenadas crearon las transnacionales que comenzaron a explotar mercados de ultramar utilizando su propia fuerza de trabajo y en asociación con sus clases dominantes. Esta fase de industrialización mediante la sustitución de importaciones se extendió desde fines de la década de los 30 hasta los 70.

La extracción de ganancias se multiplicó varias veces con la nueva modalidad. Sin embargo, también dio lugar a la aparición de una clase obrera militante y organizada, a capas medias con fuertes reivindicaciones y una burguesía nacional con ansias de mayor autonomía. La nueva correlación de fuerzas sociales generó revoluciones (cubana), contrarrevoluciones y una guerra permanente en torno a la distribución de las riquezas.

Al mismo tiempo, en el campo de la hegemonía los Estados Unidos logran reprimir los movimientos sociales más rebeldes y, persuadir a capas sociales enteras sobre las bondades de su propuesta. El consumo ostentoso, propio de las clases propietarias, se extendió a las capas medias en la forma del “consumismo” generando nuevas expectativas y neutralizando movimientos sociales potencialmente contestatarios.

## **La crisis de sobreproducción**

La crisis de sobreproducción a partir de la década de los 70 tuvo efectos inmediatos sobre América Latina y sus relaciones con los Estados Unidos. Las transnacionales insertas en los mercados nacionales iniciaron una retirada. La exportación de materias primas de la región hacia los Estados Unidos comenzó a disminuir. Las transferencias de excedentes capitalistas (ganancias) también comenzaron a caer. Las instituciones financieras norteamericanas inauguraron sus políticas de ajuste estructural privilegiando la flexibilización de la fuerza de trabajo, la desregulación de los servicios públicos y las aperturas a las inversiones especulativas del exterior.

La década perdida se caracterizó por el estancamiento del crecimiento económico. La década de los 90 fue marcada por las crisis financieras al desplomarse los proyectos de acumulación por desposesión. Durante la primera década del siglo XXI se comenzó a producir un giro importante en las economías de la región, especialmente de América del Sur.

El crecimiento económico promedio de América Latina entre 1975 y 2000 no superó 1% anual. En cambio, el cuarto de siglo anterior (1950-1975) arrojó tasas anuales de crecimiento de 2,4 %. En gran medida, esta disminución fue el resultado de la transformación de la economía norteamericana en una donde predominan los servicios, desplazando su primicia productiva (industrial), la demanda de materias primas y la exportación de tecnología. La retirada de las transnacionales y la reducción de las exportaciones acabaron con las

---

pretensiones de “desarrollo industrial” y favorecieron las políticas de ajuste (neoliberales) en la región.

El capital industrial norteamericano comenzó a externalizar su capacidad productiva a otros países con costos laborales más bajos. En el transcurso de la década de los 90 el flujo de capital privilegió a China, en gran parte como consecuencia de los bajos costos de su fuerza de trabajo y estabilidad laboral. En 2000 China ya estaba importando grandes cantidades de materias primas para sus industrias y volúmenes históricos de alimentos para su creciente fuerza de trabajo.

A lo largo de la década inaugural del siglo XXI, China se convirtió en un socio comercial estratégico de América Latina, sobre todo de América del Sur. Los superávits de las economías nacionales les permitieron a muchos países cancelar sus deudas con las instituciones financieras norteamericanas, promover programas sociales y establecer nuevos gobiernos con inclinaciones progresistas.

En el marco de las contradicciones generadas por la nueva correlación de fuerzas, surgió una triangulación entre una América Latina primario-exportadora, una China industrial (exportadora de mercancías con contenido de fuerza de trabajo de bajo costo) y unos Estados Unidos endeudados. La estructura refleja una coyuntura crítica que no tiene capacidad para sostenerse por mucho tiempo. La planificación a mediano y largo plazos de China, su reserva de trabajo aparentemente inagotable y su capacidad para obtener acceso a la tecnología más avanzada, sostiene la triangulación. Los Estados Unidos parecieran estar al borde del colapso como resultado de su creciente endeudamiento. Sin dudas, su respuesta militar a la tendencia decadente representa un peligro a escala global. Sin embargo, todavía tienen la capacidad para acomodarse a los cambios.

En esta coyuntura, América Latina no logra definir con claridad una estrategia. El proyecto del ALBA, promovido por Venezuela y apoyado por varios países —entre ellos Cuba—, ha encontrado oposición de parte de los Estados Unidos y sus aliados en la región. Brasil y Argentina han apostado al MERCOSUR con el fin de no comprometerse con el ALBA. La región aparece tricéfala y sin una dirección definida.

Cuando la economía norteamericana colapse o China redefina su política de crecimiento industrial, América Latina podría quedarse nuevamente al

margen de los procesos mundiales de acumulación. En la actualidad, tiene la oportunidad de afirmarse como autosuficiente en materia económica y política. Sin embargo, carece del liderazgo suficiente, a pesar de los enormes esfuerzos de Brasil y Venezuela (Panizza, 2209).

## **La dialéctica de la dependencia**

La dialéctica de la dependencia replanteó a fines del siglo xx el debate sobre el futuro de la región latinoamericana sobre un terreno totalmente nuevo. No se trataba de europeizar a la región, mucho menos romper las cadenas que la ataba a un feudalismo inexistente. El problema era cómo romper el vínculo dialéctico de la dependencia, que descansaba sobre un eje siempre cambiante y lograba transferir excedentes de una de las periferias al centro del sistema capitalista.

La crisis de sobreproducción que se inició en la década de los 70 ofrece una enseñanza. El sistema capitalista está condenado a ciclos de prosperidad y crisis que lo sitúa sobre un terreno movedizo de manera permanente. Después de la Segunda Guerra Mundial, con la aplicación de las políticas reguladoras recomendadas por Keynes, se supuso que se llegaría a balancear el sistema y permitir su crecimiento permanente. El teórico más lúcido en esta materia fue Karl Polanyi, quien en su obra *La gran transformación* (1998) plantea su teoría del doble movimiento. Su idea central consistía en señalar que el capitalismo emerge como un sistema “encajado” (*embeded*) en la sociedad. Es decir, los procesos productivos se encuadran dentro de un conjunto de ejes que definen la sociedad (Polanyi, 1998).

Sin embargo, las contradicciones que genera el crecimiento capitalista hacen que el sistema productivo tienda a “desencajarse” (*disembed*) y buscar su autonomía frente a la sociedad. En otras palabras, la economía trata de absorber a la sociedad y ponerla al servicio de su crecimiento. Las instituciones sociales son subordinadas a las necesidades de crecimiento del sistema capitalista. Este movimiento doble es lo que caracterizó el desarrollo del sistema capitalista a partir de la Segunda Guerra Mundial.

En la primera etapa (1945 a 1970) la economía fue regulada y sometida a una disciplina que la ponía al servicio de la estabilización del sistema capitalista. La crisis de sobreproducción, sin embargo, desarticuló las instituciones crea-

---

das y se introdujeron en su lugar políticas de flexibilización y desregulación. Estas llegaron a ser formalizadas en el Consenso de Washington. Las políticas llamadas neoliberales se concentraron en la transferencia de riquezas acumuladas (ahorros) de los trabajadores e instituciones públicas a los sectores especulativos (bolsas, bancos, seguros). El objetivo consistía en “liberar” la economía de su “encaje” social. Como diría Polanyi, desencajar (*disembed*) los procesos productivos, separarlos de su referente social.

En términos de economía política, la riqueza dejaba de ser el resultado del trabajo social. Por el contrario, sería generada por los movimientos y transacciones de valores creados en un mundo económico, sin ataduras a la sociedad. Fukuyama lo bautizó con el nombre de “fin de la historia”.

América Latina se enfrentó a dos procesos de transformación durante la segunda posguerra en forma sucesiva. El primero (1945-1979) se conoció con el nombre del proyecto de desarrollo (capitalista); su objetivo central fue la creación del mercado nacional. El proyecto se enfrentó con relativo éxito al modelo económico anterior de crecimiento hacia fuera basado en la exportación de materias primas al centro del sistema-mundo capitalista.

Después de la crisis creada por la sobreproducción capitalista y de pasar por la década perdida (1980), los países latinoamericanos fueron alineados en torno al proceso de transformación bautizado con el eufemismo de “neoliberal”. El neoliberalismo pretendió superar la crisis de sobreproducción eliminando amplios sectores del capital improductivo y de los trabajadores (flexibilización), mientras generaba ganancias apropiándose de los ahorros de los sectores populares (privatización). A pesar de sus características depredadoras, el neoliberalismo fue considerado exitoso hasta la crisis del capitalismo mundial de 2008.

Según el FMI, 40% de la riqueza financiera latinoamericana se perdió en 2008 como consecuencia de las crisis en las bolsas de valores y otras actividades mercantiles (Veltmeyer, 2010). Los proyectos desarrollistas y neoliberales están en bancarrota. Le corresponde a América Latina ir más allá del proyecto de mercado nacional o ser exportadora primaria. Tiene que definir una estrategia global capaz de situarla en el escenario mundial. Hay que preguntarse: ¿qué clase social o combinación de clases sociales son capaces de alcanzar este objetivo?

Durante casi dos siglos el sistema capitalista brindaba cierta seguridad entre sus promotores. Igualmente, sus contradicciones movilizaban a importantes sectores de la sociedad en su contra. Entre los primeros, mientras las tasas de crecimiento eran constantes y las crisis pasajeras, había seguridad en el futuro. Entre los segundos, los conflictos que genera el crecimiento del capitalismo lo hacían vulnerable y se consideraba que su desaparición era inevitable.

En América Latina el debate sobre el futuro gira en torno a esta dicotomía. Después de varias generaciones de pensadores latinoamericanos que proponían tesis positivistas y desarrollistas, se produjo el primer quiebre en la sólida muralla civilizatoria con el surgimiento de las nociones sobre la dependencia (Sotelo, 2004).

La ofensiva neoliberal, combinada con la desaparición del campo socialista, tuvo sus efectos sobre importantes sectores que estudiaban el crecimiento y expansión del capitalismo. Solo los investigadores de la corriente de la dialéctica de la dependencia se preocupaban de estudiar el imperialismo y sus crecientes contradicciones.

Después de algunos años de silencio, la academia latinoamericana parece tener la intención de regresar a los análisis sobre el imperialismo. En la actualidad, sin embargo, el imperialismo como categoría explicativa es más común encontrarla en el campo que suelen caminar los liberales que entre los marxistas. El debate entre los liberales se extiende desde la extrema derecha hasta los antiguos marxistas reciclados. Entre los primeros están los que plantean que el imperialismo es una carga moral que debe asumir la civilización occidental. Hay que entender a Occidente como el centro del sistema-mundo capitalista. Para los segundos, el imperialismo emerge como sólido baluarte que le da orden a una civilización superior, en el mejor espíritu kautskiano del “ultraimperialismo” (Hart y Negri, 2002).

Entre los marxistas hay quienes buscan las raíces del concepto de imperialismo regresando a las formulaciones originales de Carlos Marx, siempre presentes en el desarrollo del capitalismo. Según John Bellamy Foster, el imperialismo es tan propio del capitalismo como la búsqueda de ganancias. “El imperialismo es un producto necesario del capitalismo como fuerza globalizadora” (Foster, 2002). Desde hace varios lustros, autores como Arrighi y Wallerstein critican las nociones sobre el imperialismo, no tanto por su valor intrínseco, sino por la trasposición mecánica de conocimientos generados por la aplicación del concepto en las diferentes etapas del desarrollo del capitalismo.

---

En este debate surge la discusión sobre la polaridad del sistema capitalista (o sistema-mundo capitalista). El mundo multipolar fue sustituido por el mundo bipolar y para algunos ahora es el mundo unipolar. La crisis del sistema de 2008 abrió una enorme grieta a lo largo del sistema, tanto en el centro como en la periferia, que solo el futuro descubrirá la forma que asumirá.

En el contexto de la Guerra fría, se desarrolló el debate en torno a las alternativas frente al imperialismo. En el caso de América Latina, se hicieron enormes esfuerzos por establecer una teoría de la revolución socialista, que por definición era antimperialista y de paso latinoamericanista. El proyecto supranacional latinoamericano del siglo xx, originalmente concebido en el Cono Sur, se apropió de la imaginación tanto de liberales reformistas como marxistas. Por un lado, se discutía la necesidad de impulsar el proyecto nacional de desarrollo capitalista para crear las condiciones necesarias para la revolución socialista. Muchos partidos comunistas y otros grupos se comprometieron con este proyecto. Por otro, la Revolución Cubana dio pie para que surgiera con más fuerza el proyecto de desarrollo nacional, pero sin capitalismo. Los movimientos revolucionarios del período se alimentaron de las nociones sobre la dialéctica de la dependencia para explicar el papel del imperialismo.

La revolución latinoamericana no quedó sin respuesta. Los Estados Unidos y sus aliados locales montaron una ofensiva contrarrevolucionaria que duró un cuarto de siglo (1964-1989). La misma fue derrotando los movimientos revolucionarios más maduros, al igual que a los más originales. A fines de la década de los 80, en América Latina habían desaparecido los movimientos revolucionarios viables. Pero quizás más importante: no quedaban los proyectos nacionales y estaba en bancarrota el latinoamericanismo. En su lugar se comenzó a afianzar un proyecto que promovía desde arriba la desmovilización social, combinando un discurso “democrático” electoral con una política económica neoliberal aplicando ajustes que rápidamente empobrecieron a los sectores trabajadores y a las capas medias.

Sin proyecto nacional o sueño de unidad regional, desapareció del discurso toda mención del imperialismo. Al desaparecer el proyecto, el discurso antimperialista también se esfumó. El desplome de la URSS y sus aliados europeos, así como las reformas radicales chinas, responden igualmente a la gran derrota sufrida por el socialismo a escala mundial.

La Revolución Cubana, el movimiento bolivariano y los movimientos sociales que aglutinan a trabajadores, campesinos y otros sectores oprimidos son

la excepción. A pesar de no encontrarse el imperialismo en los discursos de actualidad, este sigue existiendo. Igualmente, si existe imperialismo es porque el capitalismo continúa expandiéndose creando las mismas contradicciones entre los países del centro así como también con los países de la periferia.

Si la revolución latinoamericana experimentó un retroceso en los últimos lustros del siglo xx, el imperialismo también sufrió profundas transformaciones que deben ser objeto de un serio análisis. Las décadas de populismo (1950-1975) seguidas por la reacción neoliberal de fines del siglo xx han transformado a los actores sociales y los ha cambiado cuantitativamente. Sin embargo, siguen presentes. Según Katz,

reconocer el sustento de clase de los levantamientos no implica ignorar las transformaciones recientes que afectan al universo laboral. Estas modificaciones son muy significativas, tanto a nivel objetivo (ampliación del peso general de los trabajadores y menor gravitación del segmento industrial), como subjetivo (declinación de los viejos sindicatos y sustitución parcial por nuevas organizaciones). Estos cambios incluyen también una pérdida simbólica de visibilidad, identidad y autoconfianza de los viejos segmentos fabriles. Pero las rebeliones han demostrado que la pasividad y la desmoralización generadas inicialmente por el neoliberalismo pueden ser neutralizadas si los explotados y los oprimidos encuentran cauces para la acción común.

La correlación de fuerzas está determinada en América Latina por las posiciones conquistadas, amenazadas o perdidas por tres sectores: las clases capitalistas locales, la masa de oprimidos y el imperialismo norteamericano. Durante la década de los 90 se consumó a escala global una ofensiva del capital sobre el trabajo que perdió fuerza en los últimos años, pero legó un clima adverso para los asalariados a escala internacional. En Latinoamérica se verifican sin embargo varias peculiaridades (Katz, 2008).

La realidad que enfrenta la región a principios del siglo xxi es que a pesar de todas las políticas neoliberales de ajuste económico, combinado con la especulación en torno a las múltiples burbujas (*dot.com*, inmobiliaria y otras), las inversiones capitalistas aún no pueden generar ganancias. El neoliberalismo no frenó la caída de la tasa de ganancia, ni reinició una nueva era de prosperidad capitalista. El colapso de la bolsa de valores de Nueva York, la intervención del Estado en las economías, el comportamiento imperialista de las grandes

---

potencias y la regulación de los mercados son muestras de la muerte del neoliberalismo (Jessop, 2010; Harvey, 2009; Gandásegui, 2009).

## **El futuro de América Latina**

El futuro de América Latina está estrechamente ligado a las múltiples contradicciones que ya comenzó a experimentar el desarrollo del sistema capitalista a principios del siglo XXI. Ese futuro tiene dos caminos posibles claramente señalados y ambos dependen en su totalidad de la capacidad de los pueblos de la región para realizarlos.

Por un lado, redefinir el papel de América Latina en el proceso de expansión capitalista. Desde su colonización por parte de Europa, la región ha servido de periferia en el proceso de crecimiento y expansión capitalistas. Esa dialéctica de dependencia puede cambiar como consecuencia de la actual crisis sistémica que afecta las relaciones entre centro y periferia.

Por otro, la crisis del capitalismo actual, como otras en el pasado, puede generar desconexiones regionales o de países que busquen otras opciones para reorganizar sus respectivas estructuras sociales. Las próximas décadas serán turbulentas. En el presente no se tiene claridad sobre las consecuencias finales que tendrán sobre la región las múltiples contradicciones (Gandásegui, 2007).

Todo indica que América Latina tendrá dos opciones en el siglo XXI. Por un lado, continuar dependiendo de las variaciones del desarrollo capitalista mundial y subordinada a las demandas de la potencia que se coloque como hegemónica en el siglo XXI. Por otro, establecer su propia estrategia en el marco del desarrollo capitalista mundial mediante una política agresiva de inserción o mediante una desconexión que le permita reorganizarse internamente. Esta última posibilidad se puede realizar en el contexto de un mundo multipolar con hegemonías descentralizadas (Amin, 2009). O más bien, sobre la base de un enfrentamiento prolongado con la potencia que emerja hegemónica en el nuevo siglo.

Según Samir Amín, la única forma en que los países de la periferia pueden salir de su estado depresivo es levantando una alternativa propia. Si aparecen otras alternativas de desarrollo y crecimiento, el mundo tendría un número

plural de centros con su propia dinámica y sería por consiguiente un mundo policéntrico.

El mundo policéntrico enunciado por Samir Amín y sus múltiples formas culturales (hegemonía social nacional popular) que podrían surgir de las propias contradicciones del desarrollo capitalista en el siglo XXI, contrasta con el mundo de permanente perturbación previsto por quienes defienden un imperio renovado, basado en la supuesta racionalidad del mercado. Las contradicciones que caracterizan la aparición de nuevas potencias económicas y culturales, con proyectos de hegemonía global (imperialismo), sumadas a los nuevos movimientos de base —entre los cuales se destacan los ambientales y de mujeres—, producirán nuevas crisis y probablemente nuevas desconexiones de Estados-naciones que buscarán formas originales de cooperación capaces de sentar las bases para construir alternativas viables.

## **La realidad panameña**

A los efectos de un análisis sobre Panamá, su situación no difiere básicamente de la que caracteriza a la región latinoamericana. Hay que tener muy presente, sin embargo, que la dialéctica de la dependencia del Istmo no giraba en torno a la exportación agro-minera, ni presenta esas características a inicios del siglo XXI. Panamá ha sido un soporte en el proceso de transporte de materias primas de sus puertos de origen hacia sus destinos de consumo. En la medida en que hay comercio entre regiones, la economía transitista (excluyente y desigual) de Panamá está asegurada. Igualmente, esta modalidad de desarrollo ha necesitado de una potencia hegemónica que garantice la estabilidad de esta actividad propia del comercio marítimo (España, Gran Bretaña y los Estados Unidos).

Para comprender cómo Panamá se adentra en el siglo XXI se puede proceder con el análisis del período inmediatamente anterior. En primera instancia, habría que estudiar el desarrollo de las relaciones sociales y el avance de las fuerzas productivas. En este caso tuvo gran impacto la expansión del comercio marítimo mundial producto del crecimiento del capitalismo y de la construcción del Canal de Panamá.

En segunda instancia, es importante revisar la forma como se resuelven los problemas políticos que aparecen como consecuencia de los cambios sucesivos que experimentaron las relaciones sociales de producción.

---

La correlación de fuerzas generadas por los procesos sociales dio lugar a la aparición de movimientos sociales que planteaban reivindicaciones y, al mismo tiempo, presentaban proyectos sociales. Estos proyectos muchas veces fueron dominados por proyectos de nación, ajenos a los proyectos transitistas, relacionados con el comercio marítimo “de larga distancia”. En estos casos se presentan movimientos formados por amplias alianzas, incluso de carácter multclasista.

A principios del siglo xx, la construcción del Canal de Panamá (1904-1914) reforzó la estructura social transitista existente en Panamá. Por “transitismo” se entiende una economía especializada en servir al comercio marítimo mundial, especialmente de la potencia hegemónica de la época (España entre los siglos xvi y xviii, Gran Bretaña en el siglo xix y los Estados Unidos en el siglo xx, sucesivamente).

En el siglo xx en Panamá se pueden identificar tres períodos de desarrollo capitalista con características propias. El primero se extiende entre 1903 y 1938. Aquí se reafirma una economía de “enclave” en torno a la nueva entidad política norteamericana (Zona del Canal) que rodea a la vía acuática inaugurada en 1914. Enfrentando al enclave colonial norteamericano, surge en el Istmo un proyecto de Estado formado por una alianza entre comerciantes, especuladores, algunos agroproductores y casatenientes urbanos.

Esta alianza comercial-agraria formó una oligarquía que controló todos los aparatos del Estado y, además, la relación con la potencia hegemónica de la época: los Estados Unidos. La oligarquía tiene que lidiar con fuertes movilizaciones urbanas como resultado de las luchas reivindicativas de una masa de trabajadores informales atraídos por las oportunidades de empleo en el Canal. Al mismo tiempo, se enfrentó a movimientos rurales de pequeños productores agrarios que aspiran a insertarse en el mercado urbano de las ciudades terminales del Canal.

El modelo colapsó en la década de los 30, al iniciarse un proceso de industrialización mediante la sustitución de importaciones que generó una nueva capa de industriales y comerciantes con proyectos propios. La gran mayoría de los nuevos industriales eran miembros de la misma oligarquía que aprovecharon las nuevas oportunidades para acrecentar sus fortunas.

Al mismo tiempo, los movimientos sociales se transformaron cualitativamente con la aparición de una clase obrera industrial, capas medias formadas

por profesionales y educadores y una juventud estudiantil combativa. La industrialización implicó la aparición de una burguesía nacional y una clase obrera. Además, las incursiones del capitalismo en las áreas rurales dieron lugar a un movimiento campesino defensivo y un fuerte proceso de migraciones internas.

El período de industrialización se extiende entre 1938 y 1973 (aunque para los efectos de este análisis podría extenderse hasta principios de la década de los 80). La crisis de gobernabilidad producida por la aparición del mercado nacional se extiende sin aparente solución hasta 1968 cuando el golpe militar pone fin a la lucha entre transitistas y burguesía nacional (industriales con un proyecto de mercado nacional), así como con las reivindicaciones insatisfechas de la clase obrera y de los sectores populares. El nuevo régimen militar incorporó los valores de la burguesía nacional, cooptó a los sindicatos obreros y levantó con relativo éxito la bandera nacional por la recuperación de la soberanía sobre la ruta de tránsito y el Canal de Panamá. En 1977, tras una larga campaña nacional e internacional, el general Omar Torrijos firmó junto con el presidente Jimmy Carter los tratados del Canal de Panamá que llevan sus nombres.

El último período, que se extiende entre 1983 y la actualidad, se puede identificar con las políticas neoliberales que exigen ajustes económicos y cambios políticos. Con el fin de recuperar las tasas de ganancia globales, Panamá es obligada a dismantelar su mercado interno, privatizar las empresas creadas con los ahorros de los trabajadores y flexibilizar la fuerza de trabajo. Los resultados inmediatos de esta política generaron una crisis que solo es resuelta, parcialmente, mediante la invasión militar norteamericana en 1989. Bajo circunstancia alguna quiere decir que la invasión tenía en su agenda intervenir, y mucho menos resolver la crisis provocada por las luchas intestinas panameñas.

A partir de la nueva correlación de fuerzas producidas a principios de la década de los 90, los movimientos sociales fueron excluidos de la ecuación política y se inició un empobrecimiento sistemático de los trabajadores. Mientras que cada cinco años los partidos políticos se reemplazaban en el poder, la pobreza se extendía por toda la geografía del país y el 50% de la fuerza de trabajo se vuelve informal.

---

El proyecto de nación, reivindicado por varias clases sociales durante el período nacionalista, es engavetado y olvidado. La crisis de principios del siglo XXI puede tener repercusiones sobre la correlación de fuerzas sociales en el país. Sin embargo, es muy prematuro predecir los futuros movimientos.

## **El populismo militar en Panamá**

El militarismo panameño solo se puede entender en el marco de la lucha de clases y entre las fracciones de clase encabezadas por transitistas y burguesía nacional. También a un militarismo asociado al populismo, alianza que levantaba como bandera un proyecto nacional. Aunque muchos piensan que el militarismo es un capítulo del pasado panameño, no se puede entender el país a principios del siglo XXI sin considerar las presiones norteamericanas para re-militarizar las instituciones del país en el marco de su visión estratégica de espectro completo.

El militarismo en Panamá se inaugura, tal como lo conocemos hoy, con el desembarco de los marines norteamericanos en las playas de Colón en 1904. En la naciente República de Panamá el militarismo no es una alianza entre clases —una expresión del populismo, como lo llegó a ser entre 1969 y 1986. El militarismo en Panamá expresa las contradicciones imperialistas a escala mundial y su expresión en el Caribe, donde los Estados Unidos se declararon declaró la potencia regional.

Al mismo tiempo que desembarcaban los marines en Colón en 1904, el gobierno panameño disolvía el ejército nacional, que había desempeñado un papel significativo en el movimiento separatista de noviembre del año anterior. La oligarquía panameña —la fracción de clase transitista— entendió desde un principio que su sobrevivencia no dependía de un ejército nacional sino de la presencia militar de la nueva potencia.

Los Estados Unidos convirtieron al ejército en una policía cipaya a las órdenes de un inspector general norteamericano. Construyeron rápidamente una colonia militar en la Zona del Canal de Panamá. En 1906, Washington responsabilizó a su ejército para que asumiera la construcción del Canal y, al mismo tiempo, administrara la nueva colonia. La Zona del Canal, con apenas mil kilómetros cuadrados, se impuso sobre la nueva República con 77 mil kilómetros cuadrados.

El “enclave” de tránsito no tuvo las funciones clásicas de ser exportadora de materias primas al mercado mundial. Su función en el siglo xx fue servirle a la estrategia norteamericana para consolidar su poder en la región y, además, como futuro trampolín en su expansión mundial.

El militarismo en Panamá, entonces, no es producto del desarrollo nacional, sino de alianzas coyunturales que tienen a la cabeza la potencia norteamericana y a los sectores que competían en el marco de las luchas intestinas panameñas. En primer orden, los “blancos capitalinos”, que manejaban y siguen manejando la economía transitista. En segundo, bajo la tutela norteamericana los liberales que se plegaron al proyecto norteamericano (Porrás, 2008).

La versión militarista panameña se consolidó a mediados del siglo xx con la presencia de un ejército de ocupación en la Zona del Canal. En las ciudades necesitaba una fuerza militarizada para disciplinar a la creciente clase obrera, que en la década de los 50 comienza a desbordar los entornos urbanos y se moviliza para reivindicar sus derechos. Igualmente, la expropiación de las tierras de los campesinos en las áreas rurales solo es posible mediante una fuerza militarizada.

Las nuevas clases sociales cuestionan la subordinación semicolonial del país y exigen la evacuación de las fuerzas armadas norteamericanas. En enero de 1964 se produce la insurrección popular que anuncia el principio del final de la presencia colonial norteamericana en Panamá.

La oligarquía transitista y sus aliados comerciantes de tradición liberal, transformados en burgueses, caminan de la mano aupando una incipiente institución militar que seguía bajo la influencia norteamericana. Sin embargo, la represión y la persecución no fueron suficientes para mantener el orden y, aún más importante, las ganancias de sus inversiones. Los cuestionamientos políticos, las huelgas sindicales, los movimientos sociales y las luchas por la soberanía se combinan para unir a sectores cada vez más amplios del país. En 1968 la “democracia de clase” panameña se desploma y, en su lugar, aparece la institución militar (la Guardia Nacional) que pone orden.

La oligarquía (transitistas y liberales) se divide en apariencia frente a los militares. La Guardia Nacional asume todas las responsabilidades de gobierno y con el tiempo pone orden en las filas de los sectores dominantes. Bajo la dirección del general Omar Torrijos se presentó la posibilidad de construir

---

el Estado populista y de consolidar el proyecto de nación (en el discurso se abandona el mercado) dejando en los márgenes políticos a los sectores más radicales (de derecha y de izquierda). El militarismo en su variante populista le abre las puertas a los sectores organizados del pueblo, que en forma subordinada se suman al proyecto de Estado pluriclasista.

El populismo militar dirigido por Torrijos a lo largo de la década de los 70 logró unir fuerzas sociales antes separadas para presentar un frente común en las negociaciones con los Estados Unidos para la firma de nuevos tratados en torno al Canal de Panamá. Mientras que los transitistas pedían un incremento en los beneficios que podían ofrecerle los Estados Unidos a Panamá, la burguesía nacional quería integrar la Zona del Canal al creciente mercado nacional. Los sectores populares, en cambio, exigían la soberanía, el fin de la colonia “zoneíta”, la evacuación de las bases y el Canal de Panamá. Torrijos colocó todas sus cartas sobre la mesa de negociaciones y logró que cada una de las demandas fueran aceptadas por los Estados Unidos. En 1977 se firmaron los tratados Torrijos-Carter, en 1999 fue evacuada la última base militar norteamericana y se cumplió con la transferencia de la administración de la vía acuática a Panamá.

La misteriosa muerte de Torrijos, en 1981, coincidió con los cambios globales generados por la crisis mundial capitalista de sobreproducción o, vista de otra manera, la disminución de la tasa de ganancia. El cambio introducido por las nuevas políticas globales de flexibilización y desregulación sacudió a Panamá y al proyecto de mercado nacional hasta sus cimientos. El proyecto de mercado nacional se abandonó y se adoptó el modelo neoliberal de mercado mundial (globalización).

En este proceso, los Estados Unidos le declararon la guerra de bajo perfil a Centroamérica, y bajo su guía en 1983 la Guardia Nacional se transformó en las Fuerzas de Defensa (FDP), colocando al general Noriega a su cabeza. Washington veía con buenos ojos el nuevo rol de la institución militar panameña como su guardián del orden para toda Centroamérica. Las contradicciones que llevaron al fracaso la ejecución de este proyecto, en combinación con las nuevas políticas neoliberales, colocaron sobre la palestra la opción de eliminar el aparato militar panameño como consecuencia de la invasión norteamericana en 1989 (Martínez, 1991).

## La invasión de 1989

La invasión militar norteamericana de 1989 interrumpe lo que parecía ser un proceso en permanente crecimiento del militarismo en Panamá. Los transnististas regresaron al poder y pidieron que los Estados Unidos se convirtieran en los protectores de su dominación. Al mismo tiempo, sometieron a la nueva Policía a una política de *shock*, reduciéndola a vigilante con “pito y tolete” (Beluche, 1990).

Las políticas neoliberales se prestaron a la nueva tarea policíaca. La reducción de los aparatos de gobierno (Estado) se aplicó tanto a la burocracia civil como a la uniformada. La dinámica global, sin embargo, impuso un ritmo algo diferente a los procesos internos. La política de “seguridad nacional” de los Estados Unidos requiere contrapartes militares en toda la región. En 2008, mediante decretos, el ejecutivo creó, a pesar de las protestas, el nuevo Servicio de Inteligencia y un Servicio Nacional de Fronteras. En 2010 inauguró el Ministerio de Seguridad Pública, donde se concentran todos los poderes.

¿Qué pasa en Panamá y qué hay que hacer? Panamá ocupa uno de los puestos más altos en las escalas de globalización que publican frecuentemente las agencias financieras que miden estos procesos. Es un país exportador de servicios por excelencia. Sus ingresos dependen, en gran medida, de los servicios que presta a la marina mercante mundial (el Canal de Panamá y los puertos), de los servicios bancarios y de seguros e, igualmente, de la reexportación de mercancías (Zona Libre de Colón). En total, las exportaciones de servicios representan más de cinco mil millones de dólares en ingresos (Jované, 2010)

El auge de estos servicios y otros difíciles de contabilizar, han generado durante los últimos cinco años, una burbuja inmobiliaria que representa otros dos mil millones de dólares en inversiones anuales, tanto internos como de origen externos. Panamá, además, exporta cerca de quinientos millones de dólares en mercancías (10% del total de sus exportaciones), en su mayoría de origen agropecuario.

La pérdida de dinámica de la economía de norteamericana se comenzó a sentir en Panamá a principios de 2008 con la disminución de la carga en naves con mercancías de Asia que pasa por el Canal con destino a los puertos de la costa oriental de ese país. Igualmente, se sintió una merma en la industria de la construcción, así como una disminución de las ventas en la zona franca de

---

Colón. A partir de 2009, la disminución de las importaciones por parte de los Estados Unidos tendió a estabilizarse y la actividad del Canal, de los puertos, de la Zona libre y de la construcción logró detener la rápida caída.

La baja en las actividades asociadas al comercio marítimo mundial y a las reexportaciones tuvo repercusiones sobre la burbuja de la construcción. Hay quienes la asocian con las inversiones que se realizan en la expansión del Canal de Panamá, que durará hasta 2013. Si el estallido de la burbuja se adelanta, tendría repercusiones muy serias sobre el conjunto de la economía panameña. A su vez, la disminución de los precios de las materias primas en el mercado mundial podría poner fin a las actividades especulativas en el sector minero panameño, así como a las exportaciones de productos agrícolas no tradicionales (Gandásogui, 2009).

La combinación de todos los factores mencionados, consecuencia de la crisis económica, podría generar una severa desaceleración de la economía panameña. Incluso sin incorporar estos factores a los análisis, el crecimiento económico proyectado para 2010 y 2011 no supera el 3,5 %.

En Panamá, el gobierno ha negado la necesidad de tomar las medidas necesarias para abortar una posible crisis en el futuro. Insiste en que el sistema bancario es lo suficientemente sólido como para resistir el golpe. Los analistas de los gobiernos panameños no quieren ver que la crisis no es solo financiera (Saied, 2007; Cordero, 2008; Chapman, 2009). La crisis se va a presentar también en el sector económico. Está en juego la exportación de servicios y la producción de bienes para el mercado interno.

La mejor salida a la crisis es redirigir las inversiones hacia el sector productivo con el fin de complementar las actividades de exportación de servicios a la marina mercante mundial. Los sectores que tendrían que recibir un apoyo masivo son el agropecuario y el industrial.

Se crearían múltiples fuentes nuevas de empleo en la capital y especialmente en el interior. Además, renovarías las inversiones en el sector educativo, así como en los servicios de salud, dos sectores estancados hace por lo menos dos décadas. La oferta interna, a su vez, generaría una demanda en el sector de la construcción.

## **Los Estados Unidos, América Latina y Panamá**

La economía panameña sigue ligada a la dinámica de los Estados Unidos. Su comercio con el Lejano Oriente (especialmente China) sigue siendo muy reducido, aunque ha crecido de manera significativa durante las dos últimas décadas. Igualmente, sus relaciones con el resto de América Latina son mínimas. Algo parecido ocurre a nivel de América Latina. La región sigue siendo dependiente de sus relaciones comerciales con los Estados Unidos, aunque su relación con China también se ha incrementado de manera importante durante los últimos veinte años y las relaciones económicas intrarregionales siguen siendo mínimas (Morales Fajardo, 2009).

Recientemente se han presenciado cambios en el norte de América Latina con regímenes fuertemente ligados a los Estados Unidos, pero sin capacidad para sostenerse políticamente. Son sobre todo los casos de México, Colombia y algunos países de Centroamérica (Panamá y Honduras). En Suramérica, sus economías, que miran hacia el exterior, han reemplazado parcialmente a los Estados Unidos con el mercado de China (Zheng Bijain, 2005).

Ambas estrategias, aunque muy distintas, no tienen posibilidades de sostenerse a mediano plazo. Es necesario que se proyecte un plan que, por primera vez, impulse el desarrollo de un mercado regional interno y, al unísono, una estrategia de crecimiento hacia fuera. Este proyecto puede ser encabezado por una clase insurgente (sectores populares con la clase obrera) o por una clase tradicional transformada (burguesía con apoyo de las capas medias). Cada una de estas propuestas tendría su propia ideología con proyecto hegemónico, cuyo objetivo sería prácticamente igual. Otra variante, quizás más viable, sería un proyecto basado en una amplia alianza de clases regional (estilo “PT”, “concertación” o “bolivariano”) (Dello Buono y Bell L., 2007; Rodríguez, 2005).

La ideología de este proyecto sería populista, concebida para lanzar a una América Latina en una órbita propia ante la decadencia de los Estados Unidos y a la espera de un nuevo ente hegemónico.

En el caso de Panamá, el apego a la ideología transitista por parte de su clase dominante durante los últimos cinco siglos la convierte en un sujeto dispuesto a negociar. Su éxito en el proceso de negociación, sin embargo, dependerá de su capacidad de definir una alianza dentro del país. En el siglo xx el populismo militar fue un indicio de esta capacidad de negociación. Igualmente,

---

en otros períodos históricos tuvo éxito estructurando alianzas en torno a sus propios intereses. No hay razones para pensar que en el siglo XXI Panamá no sabrá negociar su inserción en los procesos de cambios *épicos* que se avecinan.

## **Bibliografía**

- Amin, S. (2009) *The World We Wish to See: Revolutionary Objectives in the Twenty-First Century*, Aakar Books, Nueva Delhi.
- Arrighi, G. (2010) *The Long 20th Century*, Verso, Nueva York.
- Bagú, S. (1949) *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, El Ateneo Editorial, Buenos Aires.
- Bárcena, A. (2010) “Restricciones estructurales del desarrollo en América Latina y el Caribe: una reflexión postcrisis”. En: *Revista de la CEPAL*, no. 100, abril.
- Beluche, O. (1990) *La verdad sobre la invasión*, CELA, Panamá.
- Borón, A. (2005) *El capitalismo y las democracias en América Latina*, Universidad de la Ciudad de México, México, DF.
- Brenner, R. (2009) “What is Good for Goldman Sachs is Good for America. The Origins of the Current Crisis”, prólogo a la edición en español por Akal (Madrid) de *Economics of Global Turbulence*, Verso, 2006.
- Caputo, O. (2007) “La economía mundial a inicios del siglo XXI”. En: Gandásegui, Marco A. (comp.) *Crisis de hegemonía de EEUU*, Siglo XXI Editores/ CLACSO, México, DF.
- Castillero Calvo, A. (2008) *Los metales preciosos y la primera globalización*, Banco Nacional de Panamá, Panamá.
- Ceceña, A. E. (2004) *Hegemonías y emancipaciones en el siglo XXI*, CLACSO, Buenos Aires.

- Cordero, A. (2008) *Efectos de una apertura comercial sobre el costo de la canasta básica familiar de alimentos en Panamá*, Fundación Libertad, Panamá.
- Cortés Conde, R. (2003) *Historia económica mundial*, Ariel, Buenos Aires.
- Cueva, A. (1978) *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, DF.
- Chapman, G. (2009) "What Makes Panama's Economy Tick?", *Business Panama*, disponible en: <http://www.fenixpanama.com/panama-economy.html>
- Chussodovsky, M. (2005) *America's War on Terrorism*, Global Research, Montreal.
- Dello Buono, R. y J. Bell Lara. (2007) *Imperialism, Neoliberalism and Social Struggles in Latin America*, Brill, Leiden.
- Dos Santos, T. (2010) "Globalización. El futuro del capitalismo y las potencias emergentes". En: M. A. Gandásegui y D. Castillo, *EEUU, la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, DF.
- Foster, J. B. (2002) "Capitalism and Ecology: The Nature of the Contradiction". En: *Monthly Review*, vol. 54, no. 4, septiembre.
- Foster, J. B. y F. Magdoff (2009) *The Great Financial Crisis: Causes and Consequences*, Monthly Review Press, Nueva York.
- Gandásegui, M. A., hijo (2007) *Crisis de hegemonía de EEUU*, Siglo XXI Editores/ CLACSO, México, DF.
- Gandásegui, M. A., hijo (2009) "América Latina, sistema-mundo y crisis económica", ponencia presentada en el panel Hegemonía de EEUU y la Crisis Actual en el XXVII Congreso de ALAS, Buenos Aires, 1-4 de septiembre.
- Gandásegui, M. A., hijo (1998) *Las clases sociales en Panamá*, CELA, Panamá.
- Garretón, M. A., M. Cavarozzi et al. (2004) *América Latina en el siglo XXI*, LOM Ediciones, Santiago de Chile.

- 
- Gilly, A. (2006) *Historia a contrapelo. Una constelación*, Era, México, DF.
- Guerra Vilaboy, S. (2003) *Cinco siglos de historiografía latinoamericana*, Editorial Félix Varela, La Habana, Cuba.
- Gutiérrez G., E. (2004) “La integración periférica, la restricción externa y los retos del desarrollo en América Latina”. En: M. G. Acevedo y A. Sotelo, *Reestructuración económica y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México, DF.
- Hart, M. y A. Negri (2002) *Imperio*, Paidós, Buenos Aires.
- Harvey, D. (2009) “El neoliberalismo como destrucción creativa”. En: *Rebelión* (traducido del inglés por Germán Leyens), tomado de *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 2007.
- Henry C.K. Liu, (2010) “China and a New World Economic Order”, *AToL*, 12 de enero, disponible en: <http://henryckliu.com>.
- Jessop, B. (2010) “From Hegemony to Crisis? The Continuing Ecological Dominance of Neo-Liberalism”. En: K. Birch y V. Mykhnenko (eds.) *The Rise and Fall of Neoliberalism. The Collapse of an Economic Order?*, Zed Books, Londres.
- Jované, J. (2010) *Panamá: acumulación por desposesión*, Universidad de Panamá, Panamá.
- Katz, C. (2008) “Las peculiaridades de América Latina”. En: *Revista Theomai*, no. 17, 1er. semestre, disponible en: <http://www.revista-theomai.unq.edu.ar/numero17/ArtKatz.pdf>.
- Marini, R. M. (1971) *Dialéctica de la dependencia*, Era, México, DF.
- Martínez, J. de J. (1991) *La invasión de Panamá*, Causadias, Bogotá.
- Martins, C. E. (2010) “La crisis del sistema-mundo capitalista. La coyuntura contemporánea”. En: M. A. Gandásegui y D. Castillo, *EEUU, la crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, DF.

- Morales Fajardo, M. E. (2009) “Inversión extranjera directa en América Latina. El caso de Mercosur y México”. En: *Revista Trayectorias*, vol. XI, no. 29, julio-diciembre.
- Nadal, A. (2009) “La reprimarización de América Latina”. En: *La Jornada*, México, DF, 11 de octubre.
- Panizza, F. (2009) *Contemporary Latin America*, Zed Books, Londres.
- Polanyi, K. (1998) *La gran transformación*, La Piqueta, Madrid.
- Porras, H. (2008) “Papel histórico de los grupos humanos en Panamá”. En: Rodríguez, C. A. (2005) *La nueva izquierda en América Latina*, Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- Sader, Emir (2008a) “The Weakest Link?, Neoliberalism in Latin America”. En: *Revista New Left Review*, no. 52, julio-agosto.
- Sader, E. (2008b) *Posneoliberalismo en América Latina*, CLACSO/CTA Ediciones, Buenos Aires.
- Saxe-Fernández, J. (2006) *Terror e imperio. La hegemonía política y económica de EEUU*, Random House Mondadori, México, DF.
- Soler, R. (1980) *Idea y cuestión nacional latinoamericanas de la independencia a la emergencia del imperialismo*, Siglo XXI Editores, México, DF.
- Soros, G. (2008) “The Crisis and What to Do about It”. En: *The New York Review of Books*, 4 de diciembre.
- Stolowicz, B. (2007) *Gobiernos de izquierda en América Latina*, Ediciones Aurora, Bogotá.
- Torrijos, D. S. (2007) “Panamá, economía sólida sin Banco Central”, *El Instituto Independiente*, disponible en: <http://independent.typepad.com>.
- Veltmeyer, H. (2010) “La crisis global y Latinoamérica”. En: *Problemas del Desarrollo*, vol. 41, no. 160, enero-marzo.
- Vitale, L. (1979) *La formación social latinoamericana (1930-1978)*, Editorial Fontamara, Buenos Aires.

---

Wallerstein, I. (1974) *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*, Academic Press, Nueva York.

Zheng, B. (2005) “Peacefully Rising to Great Power Status”. En: *Revista Foreign Affairs*, vol. 84, no. 5, septiembre-octubre.